

## LA VENTANA ESTABA CERRADA

—No puedo más, Perico— dice María por teléfono después de explicarle la bronca que ha tenido con su hermano delante de toda la familia.

—Pues tienes que aguantar.

—Pero es que Rafa está loco, no te puede ni ver y me da miedo que haga una tontería.

—Venga..., no exageres— lo dice sin convicción.

—Perico tengo que irme de casa, no aguanto más.

—¿Estás loca? Tranquilízate, son tormentas de verano. Siempre nos quedarán nuestros encuentros nocturnos... —comienza a decir él con tono de broma.

—¡Calla! —le interrumpe María—, puede escuchar por el otro teléfono.

—¿Escuchar? ¿Quién?

—El imbécil de mi hermanito —habla como si de verdad la estuviera escuchando—. es un cerdo y un reprimido, y siempre está buscando la manera de hacer daño.

—María..., vale ya, déjale en paz.

—...

—¿María?

—...

—¿María? ¿Qué pasa?

—Nada, nada. He ido corriendo hasta el otro teléfono para pillarle, pero no estaba. Perico —cambia el tono—, quiero marcharme de esta casa. Esta noche lo hablamos.

—No.

—¿Por qué?

—Esta noche no voy, me parece imprudente después de lo de hoy.

—Vas a venir porque me hace falta— su voz es categórica.

—No voy a ir. Es mejor dejar que las cosas se tranquilicen.

—Ven, por favor— dulcifica su voz.

—No, María.

—Ven, te necesito.

—Bueeeeno, pero ten cuidado.

—Vale, cagueta, lo tendré.

\*

María escucha los familiares trajines de su padre cerrando puertas, ventanas, y apagando luces cuando supone que todos están ya acostados. Los dormitorios están en el piso de arriba. Abajo solamente duerme Celia, la vieja ama que los crió a todos: su aliada. Es la única que se ha percatado de sus escapadas nocturnas pero le guarda el secreto a cambio de que le soporte sus cariñosas reprimendas: Perico le cae bien.

Al cabo de un rato, María abre sigilosamente la puerta de su dormitorio. Sólo oye los ronquidos de su padre. En la oscuridad del pasillo, avanza despacio, tanteando las paredes, evitando tocar las puertas para no delatar su presencia, pero con la sensación de que todas están abiertas. Busca la barandilla de la escalera por la que desciende al piso bajo, y camina lentamente por el oscuro pasillo en el que se encuentra la habitación de Celia y, al final, el lavadero; lo atraviesa, y abre la ventana y sus postigos metálicos, que son los únicos de la casa que ha logrado, a base de aceite, que no hagan

ningún ruido al abrirse. Se pone de rodillas en el alféizar y asoma la cabeza: le impresiona la oscuridad de la noche. Antes de saltar, escucha atentamente pero sólo percibe los ruidos amortiguados por la distancia que provienen del pueblo. Ya en el jardín se mueve con cautela pues se encuentra exactamente debajo del dormitorio de sus padres. Los postigos tendría que cerrarlos con un pestillo al que no se accede desde fuera, y los tiene tan engrasados que cualquier brisa los abre si los deja simplemente empujados. Para evitar que alguien los vea abiertos, utiliza como cuña una lámina de hierro que esconde entre las macetas que adornan un viejo pozo situado a unos metros. Encuentra la lámina a tientas y la coloca firmemente entre el marco y los postigos.

El punto de encuentro con Perico es la pérgola de la piscina, lejos, al fondo del jardín, y hacia allí se dirige. Alcanza la primera esquina de la casa tanteando la pared, gira a su derecha y, aunque no ve nada, sabe que se encuentra ante un largo pasadizo formado por la fachada y un seto de arbustos que bordea la pista de tenis. Camina decidida dejando deslizar la mano por la pared a modo de guía, contando mentalmente los pasos. El vigésimo quinto coincide con otra esquina, bajo la habitación de su hermano. Se siente observada y no puede evitar levantar la vista inútilmente. Ahora debe avanzar veintidós pasos sin contacto con la casa y sin otra referencia que su sentido de la orientación hasta encontrar el seto de arbustos que rodea la piscina. Es el tramo más inquietante. Camina con los brazos extendidos, como una sonámbula, contando:

<<—... doce, trece, ..., veinte, veintiuno, tengo que tocar las hojas —adelanta más los brazos—, veintidós —mueve los brazos en el aire—, veinti..., ¡vale!, ya estoy —respira aliviada.>>

Transporta silenciosamente una pesada mesa de hierro hasta la esquina de la alta tapia del jardín: Perico entra escalándola desde la calleja aprovechando los huecos existentes entre las piedras que forman la tapia del vecino. Una vez arriba, la mesa le permite saltar dentro sin hacer ruido y luego subir a ella para marcharse. María se sienta sobre la mesa a esperarle. La oscuridad de la noche le hace sentirse recelosa y agudiza el oído queriendo detectar cualquier ruido.

De pronto, un suave roce en los arbustos que rodean la piscina le pone en tensión. <<Perico no puede venir por ese lado —piensa nerviosa>>. Pero, en seguida, el ruido quedo de una respiración le relaja. —¡Canito!, qué susto me has dado— exclama bajando y sentándose en un banco. El perro apoya la cabeza en su regazo y ella dedica la espera a acariciarle para retenerle: Su compañía, en una noche así, le tranquiliza.

Bruscamente Canito se endereza. María, sorprendida, le pasa la mano por el lomo: Le encuentra tenso, con las orejas enhiestas, atento a algo que solo él ve u oye.

—¿Qué pasa?— susurra nerviosa al percibir los cortos movimientos de cabeza que hace el animal para mejorar su percepción. Se le escapa corriendo hacia los arbustos y escucha ruido de pelea cerca de los mismos. Asustada, se acurruca detrás del banco. Después, los pasos que vuelven, un golpe sordo contra el suelo, y la respiración fatigosa de Canito. María se incorpora, poco a poco, hablándole: —¿Qué pasa, bonito?

—acercándose a los jadeos—. ¿Qué ha pasado? Bordeando el banco, tropieza con algo inerte y fofo y, al percatarse de lo que es, le da una patada y se deja caer en el banco donde logra relajarse respirando profundamente durante un rato.

<<—Este idiota ya no viene. Se ha debido arrugar. ¡Pues mañana me va a oír!>>

Devuelve la pesada mesa a su posición habitual; busca al perro con las manos y, al no encontrarlo, lo llama en un susurro. Canito le ha dejado sola.

<<—Valor —se da ánimos ante el inquietante tramo que tiene que atravesar—. Veintidós pasos y tocaré la pared de la casa: Uno, dos,..., trece, cator...>>

Pero no completa ese paso. Se queda con la pierna derecha en el aire y los brazos extendidos. Un ruido sordo, lejano, le paraliza como al perro cazador que ha oído presa. Vuelve a oírlo. No es una elucubración de miedosa, es un sonido concreto dentro del jardín, del lado del garaje, detrás de la pista de tenis. Se repite de nuevo, algo más amortiguado. Piensa deprisa: <<Un ruido metálico..., no es el comedero de Canito..., es algo contra el suelo... ¿una herramienta...?, ¿un pico...?, ¡puede ser un pico!, es como si alguien lo hubiera apoyado contra el suelo al caminar. ¿Rafa? ¡No, Dios mío!>>

En un supremo esfuerzo de voluntad consigue llegar hasta la casa y avanzar con rapidez ansiando llegar a la ventana para meterse dentro de la casa. En su carrera tropieza con una raqueta de tenis que rueda por el suelo delatando su presencia.

Llega a la última esquina, tuerce hacia la ventana, tantea nerviosa hasta encontrar los postigos, y tira de ellos para abrirlos. No ceden. Vuelve a intentarlo con todas sus fuerzas, pero un ruido a su espalda hace que se acurruque contra la fachada. La luz de un coche al pasar por la carretera ilumina brevemente una figura humana que se recorta sobre la blanca pared del garaje.

\*

—¿María?—. Al escuchar esa voz siente como si todo su cuerpo se esponjara.

—¡Perico...!— se incorpora lentamente.

—¿Qué te pasa?— pregunta al sentir su temblor.

—Vámonos. Aquí pueden oírnos— tira de su mano guiándole en la oscuridad hasta llegar a la piscina donde se funden en un largo abrazo.

—¿Qué ha ocurrido?— pregunta Perico que sigue sin comprender su estado de nervios.

—Calla, calla, he pasado un miedo horroroso.

—Pero... ¿por qué?

—Oí unos ruidos metálicos...

—Debía ser yo al trepar por la puerta de hierro.

—...yo pensé cosas terribles; que era Rafa..., con un pico...

—Pero qué tontería, ¿Cómo iba Rafa...— deja incompleta la pregunta pensativo.

—Es que estaba muy nerviosa. La noche está tan negra... Tú no llegabas. Ya me iba a la cama. Antes, Canito me dio un buen susto. Y hasta me trajo una rata muerta. Ha sido

horrible.

Se sientan en el banco. Perico piensa.

—Después de saltar, oí un ruido como si golpearan con una madera, ¿lo hiciste tú?

—Sí, tropecé con la raqueta que te he hecho esquivar al venir.

—¡Ah!, eso me hizo volver hacia la puerta. Luego oí enredar en la ventana, pensé que eras tú y fui hacia allí.

<<—¡La ventana estaba cerrada!>>— recuerda María, pero no dice nada.

—¿Y por qué saltaste la puerta en lugar de subir por la tapia como siempre?

—Pues, porque no pude trepar. Han puesto cemento entre las piedras.

—¿Que han puesto cemento? —pregunta María extrañada—. ¿Quién ha puesto cemento?

—No tengo ni idea, pero ya nunca podré entrar por este lado.

Los dos se quedan pensativos.

—Venga, vámonos. La noche se ha torcido. Tienes que irte. << ¡La ventana!>>.

—¿Nos vemos mañana por la mañana?

—No sé si podré. Depende de mi padre —contestó tajante—. <<¿Quién ha podido cerrarla?>>.

—Busca una excusa.

—Vale, vale. Ayúdame a trasladar la mesa para que subas. <<Celia, no, desde luego. Me habría esperado para reñirme>>.

—No. Te acompaño y luego salto la puerta.

—Ni hablar. <<Entonces, ¿quién?>> ¡La puerta hace mucho ruido, vete por aquí!

—Bueno, pero esperaré, sentado en la tapia hasta ver la luz de tu habitación. Luego salto fuera.

—Con los árboles no se ve la luz. ¡Vete! <<¿Rafa para pillarme fuera?, no puede ser>>.

—Sí se ve. La noche está muy oscura y cualquier luz se notará. Esperaré en la tapia.

—Bueno, sube de una vez. <<Sea lo que sea, es mejor que esté sola>>.

Quiere darla un abrazo, pero María lo abrevia con un beso fugaz.

—¡Sube!

Repone la mesa lo más rápidamente que puede; camina hasta la casa; la bordea hasta la ventana y tira de los postigos: están cerrados.

<<¡Soy idiota, no he quitado la lámina!>>.

Efectivamente, la lámina sigue allí, sujetándolos firmemente para que parezcan cerrados. María, con las manos todavía temblorosas, la quita, y va a esconderla entre las macetas, pero, con su nerviosismo, tira una de ellas que se hace añicos ruidosamente contra el suelo. Paralizada, mira hacia la ventana del dormitorio de sus padres. No se enciende la luz, pero escucha un fuerte golpe en la parte del fondo del jardín, pasos precipitados, y la raqueta de tenis rodando nuevamente por el suelo.

<<Perico no habría tropezado, sabía que estaba ahí>>— y se acurruca, aterrada, en el suelo.

—¿María? —en un susurro.

—...sí.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, nada, he tirado una maceta. Vete, corre.

—No. Venga, entra en casa, saltaré la puerta.

Entra por la ventana y cierra desde dentro. Atraviesa la total oscuridad del lavadero, sube la escalera, y cuando ya está en el pasillo, escucha un tremendo estrépito en el jardín, y los ladridos de Canito galopando desde la parte delantera.

<<¡Dios mío, se están peleando!>>.

Duda entre volver sobre sus pasos o continuar hasta la habitación, pero ve luz en el dormitorio de sus padres y opta por encerrarse en su cuarto. Se mete en la cama vestida mientras su padre enciende las luces del jardín y se asoma a una ventana.

—¿Quién anda ahí?— le oye gritar.

Perico salta la puerta del jardín con dificultad por el golpe que se ha dado contra la carretilla metálica delante del garaje y que ha rodado por la rampa. Corriendo ya por la calleja, hace un corte de mangas no sabe si a su suegro, al escandaloso perro, o a sus propios nervios, pero está a punto de chocar con la hormigonera que los obreros dejaron ayer cuando terminaron de enfoscar la tapia por orden del vecino.

En su habitación, Rafa duerme plácidamente. Nadie en la casa sabe que ahora utiliza tapones en los oídos, dice que así descansa mejor.

\*\*\*\*\*

Antonio Murga